

temente que somos muy poco agradecidos? ¡Y luego, eso de que mande para que nos redima de las amenazas de sajonización á un magnate sajón, me parece la mayor de las inconsecuencias!

HANS

Habla usted, mi querido Miguel, como si fuera un mexicano que nunca hubiera salido de su tierra; parece mentira que haya viajado y visto tanto y que todavía defienda que México no tiene necesidad de trato con los extraños para civilizarse y salir — permídenme lo diga — del estado de semibarbarie que todavía le señorea.

OLIVOS

(Con entusiasmo.)

¿Cómo había de ser de esos que desean el estancamiento y el olvido para México? Patriota soy, pero la manera de querer á mi tierra no consiste en desearle la conquista y la extinción. ¡Viva la gallina y que viva con su pepita! Yo quiero el ensanche y el crecimiento y el poderío para México; pero más que la cultura refinada y que la grandeza y que la fuerza y que la respetabilidad quiero la independencia.

HANS

¡Maldita independencia la que consiste en el derecho de hacer todo lo malo y lo perjudicial!

OLIVOS

¡Y cien veces maldita la prosperidad que se basa en el oprobio y el embajecimiento!

HANS

Nunca hemos de ponernos de acuerdo, coronel Olivos.

OLIVOS

Nunca, subteniente Hans.

HANS

¿Y qué se sabrá de Márquez y comparsa?

OLIVOS

¿Márquez? La del humo. A la hora de ésta huye derrotado por Porfirio Díaz, y si acaso, ha conseguido encerrarse en la capital.

HANS

Tales son, al menos, los deseos de usted.

OLIVOS

¿Y qué apuesta usted, subteniente Hans, á que le digo la pura verdad? Ni una sola noticia le he dado que no haya resultado cierta, y debe usted creer ésta, que sé por conducto seguro.

HANS

(Meditabundo.)

Se vaciló mucho sobre quién había de ser el que llevara á México la representación del Emperador; se pensó en Mejía, se habló de Miramón; pero quien logró ganarse la confianza del soberano fué Márquez. ¡Qué lástima que no se hubiera fijado la atención del Emperador en el único capaz de desempeñar la comisión!

OLIVOS

Pues qué; ¿hay alguno capaz de eso?

HANS

Ya lo creo que le hay; el general don Ramón Méndez.

OLIVOS

¿Acaso los chacales sirven para traer y llevar recados?

HANS

No conoce usted á don Ramón, y habla conforme lo hacen los republicanos más vulgares.

OLIVOS

Pues ya verá usted, tan pronto como caiga la plaza, que los republicanos selectos están en un todo de acuerdo conmigo.

HANS

El día que caiga la plaza...

BRAMBILA

¿Conque ya empiezas á convenir en que la plaza puede caer?

HANS

(Reservado y bajando un poco la voz.)

Sigo creyendo que la plaza cuenta con malísimos elementos y que está muy expuesta á un golpe de mano; pero creo también que no han de ser los republicanos los que le den. Sin embargo, hay que reconocer que, á pesar de todos nuestros triunfos, las cosas siguen lo mismo y no hay esperanzas de remedio. Y quédese esto para nosotros solos...

OLIVOS

¡Triunfos, triunfos! ¿Y á qué llaman triunfos los señores imperialistas?

HANS

(Enardecido.)

Por ejemplo, al del veinticuatro de Marzo, en que Miramón destrozó á los republicanos y les arrebató el botín que conducían; por ejemplo, el ataque á la Casa Blanca, en que murieron jefes de la importancia de Florentino Mercado y de Manuel Peña y Ramírez...

OLIVOS

Y concluya usted con el tema obligado: el ataque del Cimatario.

HANS

¡Oh, hermoso día por cierto el del ataque del Cimatario! Llegué á pensar que el Imperio se salvaba... No había dormido desde tres noches antes; me encontraba, pues, traspasado como nunca; en una de esas recibo la orden de estar á buena hora en la Alameda; se decía que íbamos á tener con los republicanos una brega de las que tanto ambicionábamos. Amanece, y todavía nada se emprende; veo que el sol sale radiante y enorme, con esa presteza que es propia de estas regiones. Hay que apresurarse, me digo, porque de otro modo va á fracasar cualquiera intentona. Pero no acababa de pensarlo—quizás de pensarlo en voz alta—cuando escucho una nutrida *esquitera* de fusilería, como dicen en el país, y veo levantarse una nube blanca que parece el vaho de una laguna á la salida del sol. Ya empezaba á amanecer, ya los objetos eran visibles, ya se distinguían los manchones que formaban los cuerpos que iban al ataque; hasta nos parecía oír las voces con que los coroneles excitaban á sus valientes indios y los gritos salvajes que lanzaban los jinetes que azuzaban á sus caballos: era el ataque, era la desesperación, quizás la prueba definitiva para convencernos de que nada podríamos hacer para destruir á un enemigo poderoso é infatuado con su posición y sus recursos... De

repente noto que los regimientos republicanos se deshacen como por arte de encantamento, que las baterías quedan solas, que los batallones se desbandan, que las cornetas dejan de tocar diana en los campamentos del enemigo, que los nuestros vuelven radiantes, satisfechos, llenos de trofeos... y lo que es mejor, cargando bueyes, cabras, carneros, sacos de provisiones y hasta asnos... El general Miramón había penetrado hasta la hacienda de Jacales, donde estaba el cuartel general de Corona; había sabido el Emperador la hazaña de su segundo y se había plantado allá seguido de su brillante Estado Mayor. Montaba un arrogante caballo blanco y las tropas le aclamaban sin cesar gritándole vivas que Su Majestad recibía en medio de la lluvia de metralla que mandaban, al retirarse, las gentes de Escobedo. Maximiliano abrazó á Miramón en el campo de batalla... «General, le dijo, os felicito por este gran triunfo»... Miguel hace encabritar su caballo, se para en firme, y grita con aquella su voz estentórea que es tan propia de él: «¡Soldados, viva Su Majestad el Emperador!»... ¿Cómo se perdieron las consecuencias de ese brillante triunfo?...

OLIVOS

Déjeme que yo lo diga, que la victoria sólo fué de ustedes breves instantes, para demostrarles que eran in-

dignos de poseerla... El secreto de Escobedo desde que el sitio empezó, ha sido solamente tener listas reservas que contrarresten las salidas de los sitiados, con las cuales contaba como cosa segura. El veintisiete se confiaron nuestras tropas en una manifestación de los enemigos, que llegaban con los fusiles culata al revés, cosa que en todas nuestras guerras civiles se ha tenido como muestra de sumisión al contrario y manifestación del deseo de pasarse á él. Apenas iban á ser aceptados los recién llegados, cuando dispararon sus armas causando una gran mortandad entre los nuestros. Dueños del punto que codiciaban, obligaron á la caballería á retirarse, aunque ordenadamente y sin muestras de desmoralización... Ese fué el momento de que Miramón se aprovechó para penetrar audazmente hasta el cuartel general de Corona y para capturar como veinte cañones. Todo parecía perdido cuando llegamos Doria y yo con los cazadores de Galeana y tratamos de recuperar lo perdido y de trocar la derrota en triunfo... Los rifles de diez y seis tiros empezaron á hacer su oficio...

HANS

¡Los malditos rifles de diez y seis tiros! Arma innoble y asesina que debería abolirse de todo ejército que se respetara...

OLIVOS

Doscientos cuarenta hombres tuvimos que competir con más de dos mil de todas armas; y á pesar de mi buen deseo, á lo mejor me vi acorralado y perdido sin remedio. Me adelanté más de la cuenta y un grupo de la guardia municipal de México me derribó de mi caballo, que estaba muy mal herido... Me llevaron ante el Emperador, que estaba á pocos pasos de allí y que alabó mi bravura... «Peleasteis como un león, me dijo, y seréis tratado como corresponde á vuestro grado y á vuestro valor... Pero, calla, añadió el Archiduque, estáis herido y según parece de cierta gravedad; id á curaros y perded cuidado, que los imperialistas victoriosos son tan humanos como los imperialistas derrotados»... La suerte me proporcionó el desquite, pues tuve oportunidad de ver cómo corrían los contrarios seguidos por los soldados de Rocha y de Naranjo, por el batallón de Supremos Poderes y por la caballería de Parras y San Luis... Mis compañeros Juan Doria, Emiliano Laín, Miguel Villanueva y Manuel Loera conquistaron los laureles que á mí me correspondían, y cuando salí del hospital, ocho días después de la jornada, recibí mi despacho de coronel efectivo...

ESCENA UNDÉCIMA

Los mismos, JOSEFINA UBIARCO; después dos enfermos del hospital.

HANS

Allí viene la señora Ubiarco, primera dama de la Emperatriz y encerrada en Querétaro por algo que yo llamaría caballeridad si se tratara de un hombre; pero que hablándose de una mujer apellidaré sólo romanticismo y deseo de aliviar penas extrañas.

OLIVOS

¿Cómo dijo usted que se llamaba esa señora?

HANS

Doña Josefina Fernández de Ubiarco y Alvarez de Bracamonte, mujer que ha corrido más aventuras que Artagnan y los tres mosqueteros reunidos.

